



# China, Cuba, Venezuela, anticuerpos solidarios contra el coronavirus

Por: [Geraldina Colotti](#)

Globalización, 22 de marzo 2020

[alainet.org](http://alainet.org)

Región: [América Latina, Caribe, China](#)

Tema: [Política, Salud](#)

*La del convoy militar que transporta los cadáveres infectados fuera de la ciudad de Bérgamo, es quizás la imagen más emblemática de la tragedia causada por el coronavirus. Bérgamo, una ciudad en el norte de Italia, se encuentra en una de las zonas más infectadas de la región de Lombardía. Esos 67 ataúdes fueron dirigidos a otros crematorios fuera de la región, porque la ciudad solo puede incinerar 26 por día.*

Y el número de muertes aumenta diariamente. A partir del 19 de marzo, hay más de 33.000 personas infectadas en Italia, pero la cifra puede ser mucho mayor, considerando que no todos los infectos han sido monitoreados o no saben que están infectados. Los muertos ya han superado los 3.405. Una cifra superior a la de China, y que todavía va a crecer. Europa ha registrado más de 100.000 casos de coronavirus y 4.752 muertes. Es el continente más afectado por la pandemia, más que el continente asiático (94.253 casos, de los cuales 3.417 víctimas).

«Si dejamos que el virus se propague como un incendio, especialmente en las regiones más vulnerables del mundo, matará a millones de personas», dijo el secretario general de la ONU, Antonio Guterres. «Enfrentamos una crisis global de la salud como ninguna otra en los 75 años de historia de las Naciones Unidas, que está infectando la economía mundial», agregó. «Una recesión, quizás de un tamaño extraordinario, es casi una certeza».

Con una declaración conjunta, la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Michelle Bachelet, y el jefe de la Agencia de Refugiados, Filippo Grandi, enviaron un mensaje «a la humanidad», advirtiéndole que Covid-19 pone a prueba todo nuestro «sistema de valores y el futuro de la humanidad», y que la forma en que reaccionemos a la crisis determinará el tipo de desarrollo en las próximas décadas.

Siempre, a lo largo de la historia, en presencia de catástrofes o pandemias, la humanidad ha cuestionado profundamente el significado de la vida, la forma de producir y la capacidad de los seres humanos para controlar las fuerzas de la naturaleza. ¿Con qué brújula podemos hacerlo hoy frente a una pandemia que literalmente nos quita el aliento y deja a los seres humanos solos, terriblemente solos, frente a ellos mismos?

En una inspección más cercana, esta nueva pandemia con características sin precedentes en términos de gestión y consecuencias, constituye una operación de verdad formidable para aquellos que no se resignan a la difusión del capitalismo y las desigualdades, o más bien, se evidencia cómo una operación de desenmascaramiento formidable.

La forma en que las clases dominantes en los países capitalistas han reaccionado ante la aparición del virus, a diferencia de Venezuela y Cuba y, sobre todo de China, habla claramente: primero la ganancia del capitalista, luego la vida de quienes la producen. En el

Reino Unido, los gobernantes lo han declarado abiertamente, en la vieja Europa, el discurso ha sido más hipócrita y matizado, pero la realidad se aclara con la velocidad a la que se propaga el virus.

¿Y con qué coraje, Bachelet habla de las consecuencias para los «sectores más frágiles» cuando su informe sirvió de justificación a Trump para seguir imponiendo medidas coercitivas unilaterales y criminales a Venezuela? ¿Con qué valentía usa Luis Almagro el mismo idioma después de dar voz a Trump y al fascismo en América Latina? ¿Con qué credibilidad ahora está accionando de nuevo como Secretario General de la OEA?

El coronavirus se ha extendido sobre todo al norte de Italia, ese rico norte, cerrado y orientado por años de políticas xenófobas, en las que las grandes asociaciones empresariales y comerciantes han perdido un tiempo precioso, lo que ha obstaculizado lo que habría sido una medida preventiva drástica, la única a tomar de inmediato: el cierre de la producción innecesaria, la cuarentena total de la zona.

En cambio, los noticiarios muestran que el transporte público todavía está lleno de trabajadores, incluso los indica como propagadores del virus. Los medios, de hecho, son ahora más que nunca un actor líder en la gestión de catástrofes, de viejos y nuevos miedos, de viejos y nuevos chivos expiatorios. Y así, si ayer escuchamos gritos xenófobos contra «el virus chino», hoy el chivo expiatorio es el trabajador.

Elogiamos la eficiencia de China, pero no admitimos que, para limitar realmente la pandemia, sería necesario hacer lo que hizo China: detener la producción incluso en aquellos sectores que ayer se consideraban necesarios, pero que ahora se vuelven inútiles por el aislamiento preventivo. La producción debe estar orientada a hacer frente a la emergencia, tanto a nivel nacional como internacional. En cambio, faltan máscarillas y herramientas sanitarias.

Pero, a pesar de esto, los noticieros nos muestran imágenes de cadáveres causados en Irán por el coronavirus. Sin embargo, nadie explica que el país sufre las sanciones criminales impuestas por los Estados Unidos. Los halcones del Pentágono han decidido reducir su contribución a la Organización Mundial de la Salud en más del 50%, prefiriendo asignar los fondos de prevención científica de la USAID con fines desestabilizadores.

Y, por otro lado, el Fondo Monetario Internacional, que anunció el desembolso de un préstamo especial sin compensación a los países que lo solicitan, ha rechazado las demandas tanto de Irán como de Venezuela. «El perro no come perro», dice un viejo dicho italiano, y así los potentados económicos y financieros no se vuelven contra Estados Unidos.

La justificación proporcionada por el FMI es que no habría unidad entre los países para reconocer el gobierno legítimo de Venezuela, presidido por Nicolás Maduro, o el de un títere virtual, pero con los bolsillos llenos de dinero robado a los venezolanos, que responde al nombre de Juan Guaidó. Un criminal que, después de pedirle a sus padrinos occidentales el bloqueo económico y financiero de Venezuela, hoy insiste en pedir nuevamente que ingrese la «ayuda humanitaria» de Estados Unidos.

Ahora dice que ha «permitido» que los médicos venezolanos que están fuera del país, y que actúan como sus enviados en el extranjero, sean «contratados» por las administraciones públicas. Uno de los administradores de extrema derecha de Lombardía se hace eco de esto, tratando de crear confusión entre la llegada de médicos chinos y cubanos, y la de

venezolanos que se oponen a las políticas públicas bolivarianas como él se ha opuesto a las italianas. Y no podía faltar la intervención macabra de otro buitre que deambula por Europa, Julio Borges, a quien le gustaría aprovechar de la llegada del coronavirus para derrocar al gobierno de Maduro.

En Italia, la salud pública, resultado de los logros alcanzados por las luchas de la década de 1970, ha sufrido los mayores recortes a favor del sector privado, que hoy muestra toda su inutilidad. En una Europa de los poderosos, que ha impuesto feroces recortes en las políticas públicas para pagar impuestos a multinacionales y bancos, en tiempos de coronavirus, uno muere de trabajar también en función de la escala jerárquica de los países europeos.

En Italia, faltan 56.000 médicos y 50.000 enfermeras. Entre 2012 y 2017, se cerraron 759 salas de hospital, hoy hay 5,6 enfermeras por cada 1.000 habitantes. En Francia, la proporción es de 10,5 por 1000 habitante y en Alemania de 12,6. En los hospitales italianos, hay 3,2 camas por 1.000 habitantes, en Francia 6, en Alemania 8. En Italia, desde 2010 hasta hoy, se han cortado 37 mil millones de euros de financiación al sector salud. Desde 1990 hasta hoy, las camas se han reducido en un 50%.

La salud pública también se ha vaciado desde el interior, con la ley que permite a los médicos ejercer de forma privada en los hospitales, en beneficio de la industria de salud y seguros privados, directos o complementarios, que cuestan muchísimo. Se quería imponer progresivamente el modelo norteamericano, tanto injusto como ineficiente, como se muestra claramente también ante esta pandemia.

La victoria de China sobre Covid-19, por otro lado, muestra lo que se podría hacer si una sociedad pensara en el desarrollo del bien común y no en el beneficio de esas 60 familias que poseen la riqueza del mundo. El coronavirus es un acto de desconfianza mundial contra un sistema capitalista en crisis estructural que, con el pretexto de querer defender la paz, en 2018 asignó un promedio de 240 dólares por persona a la guerra. Los medios de comunicación europeos no hablan de eso, pero las grandes maniobras OTAN-EE. UU. llamadas Defender Europa 20, las más grande durante 25 años, no se detendrán por el contagio, tal vez solo sufrirán una disminución en el número de soldados.

Esta es la explicación de la reacción rabiosa de Trump y de los think tanks israelíes que están intentando cargar toda la culpa de la pandemia a China, acusándola de no haber comunicado la existencia del virus a tiempo. El «paciente cero», por otro lado, podría ubicarse en los Estados Unidos. Y el Ministerio de Relaciones Exteriores de China acusó a los Estados Unidos a este respecto. En resumen, una batalla monumental que es todo menos obvio, tanto a nivel geopolítico como simbólico, está en marcha, y que compara precisamente dos modelos.

Si gana el capitalismo, si ganan los dueños del planeta, la pandemia terminaría llevando agua a su molino. Como alguien señaló, por ejemplo, los ancianos que en Italia mantienen una gran parte de la economía precaria ayudando a las familias con las pensiones obtenidas en los años en que las luchas han producido el estado de bienestar, morirían.

Los nietos se quedarían con esas casas donde los jóvenes que no pueden pagar un alquiler viven amontonados con los viejos, con buena paz de las invitaciones a no salir y mantener su distancia. Y, de hecho, las figuras públicas que cantan o lanzan llamamientos desde sus espaciosas casas, tan estridentes con respecto a las chozas en las que habitan los menos acomodados y los inmigrantes, comienzan a indignar.

¿Cómo pueden los pobres mantener su distancia, cómo pueden hacerlo los prisioneros amontonados como animales, a medida que las cárceles se vuelven cada día más basureros sociales? El Covid-19 muestra los efectos devastadores de esa guerra gigantesca contra los pobres librada por la globalización capitalista, que ya no encontró barreras después de la caída de la Unión Soviética.

En Italia, los principales medios de comunicación enfatizan los gestos de «generosidad» de los grandes ricos. Berlusconi donó 10 millones de euros, Unicredit y Unicredit Foudation 2 millones, el supermercado Esselunga 2,5 millones de euros ...

Cuando el marxismo todavía era una ideología capaz de influir en los comportamientos y el sentido común de millones de personas, se formularía al menos una pregunta: ¿de dónde proviene tanto dinero si no de los bolsillos de los trabajadores forzados en los últimos años a sacrificarse como si no había otra alternativa? Y habríamos reflexionado sobre la razón de esta caridad tan peluda. ¿No será por temor a la reacción de las masas sobre las cuales esta crisis pesa por completo?

En las calles de Roma, casi completamente desiertas, solo las “panteras” de la policía andan por estos días. Y hay quienes piden la intervención del ejército y el uso extensivo de los big data para buscar y castigar a las personas que salen de la casa sin justificación. Sin embargo, es una medida que preocupa a quienes saben que el poder puede emerger de las crisis fortalecido si una fuerza organizada no interviene para cambiar el rumbo a favor de los sectores populares.

Las sociedades capitalistas, cada vez más punitivas y disciplinarias, utilizan el tema de la «seguridad» o de la «unidad nacional» para controlar y reprimir los conflictos sociales. El ejército popular en Cuba o la unión cívico-militar en Venezuela son herramientas muy diferentes de los ejércitos y las fuerzas represivas de los países imperialistas que, por ejemplo, en Chile o Colombia, tratarán de aprovechar esta oportunidad también para aislar y reprimir las luchas populares.

En este sentido, la explosión del coronavirus muestra la profunda debilidad de los movimientos y de las fuerzas alternativas de Europa. Tanto es así que, paradójicamente, es precisamente la extrema derecha, una parte activa en la destrucción de los derechos de las clases populares, la que grita más fuerte, tratando de sortear la situación, colocando trampas y objetivos falsos.

Siempre, a lo largo de la historia, en la dialéctica de buscar el bien común, en presencia de crisis o guerras, ha habido minorías que no han tenido miedo de agudizar las contradicciones. Desafortunadamente, en Europa, hace tiempo que falta algo como la subjetividad revolucionaria organizada, sobre la cual nació y creció la influencia del marxismo. Durante años, falta en Italia la presencia de un partido capaz de difundir las razones de la oposición social en el Parlamento. Los movimientos populares y las fuerzas alternativas son débiles y fragmentados.

A diferencia de lo que sucede en América Latina, no hay un ejemplo concreto de socialismo en Europa al que referirse. No existe una visión común que nos permita enmarcar la complejidad de esta crisis, sin perder la esperanza o perder la oportunidad.

El nuevo obstáculo, de hecho, está determinado por la necesidad de contener el virus aislándose de otros seres humanos. Tomando como referencia la historia, el socialismo, y la

posibilidad de insertarse en contradicciones sistémicas para volverlas a favor de la alternativa, ¿cómo podríamos accionar de manera rentable en esta situación?

¿Cómo reconstruir un frente capaz de criticar tanto la sociedad de control y el uso de big data y resaltar la necesidad de planificación en la producción? ¿Cómo prepararse para el «reinicio» que tendrá lugar después de esta pandemia jugando bien nuestra batalla?

Una clave decisiva es seguramente la solidaridad y el internacionalismo. Celebrando las relaciones de hermandad que existen entre China y Venezuela, y la pronta cercanía del gobierno bolivariano en el momento más delicado de la batalla contra el coronavirus en China, el embajador de Beijing en Caracas le recordó a Delcy Rodríguez un viejo dicho de su país: «Si en tiempos de necesidad me ha proporcionado una sola gota de agua, le devolveré una fuente completa».

**Geraldina Colotti**

La fuente original de este artículo es [alainet.org](http://alainet.org)

Derechos de autor © [Geraldina Colotti](http://Geraldina Colotti), [alainet.org](http://alainet.org), 2020

[Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook](#)  
[Conviértase en miembro de Globalización](#)

Artículos de: [Geraldina Colotti](#)

**Disclaimer:** The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: [publications@globalresearch.ca](mailto:publications@globalresearch.ca)

[www.globalresearch.ca](http://www.globalresearch.ca) contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: [publications@globalresearch.ca](mailto:publications@globalresearch.ca)